

# Amarga queja de una madre escritora

**EVE GIL**

Estimados profesoras (es) del Colegio Oliver Sheldo  
Presentes

Me presento. Soy la Mamá de Vicki Martínez. El nombre que figura en mi acta de nacimiento, lo sé muy bien, sale sobrando tratándose de asuntos relacionados con la escuela de mi hija, así que no tengo inconveniente en que se me reconozca como la madre de una de las alumnas de su distinguido plantel.

El motivo de esta carta es aclarar una serie de mal entendidos que se han venido suscitando en los últimos meses, relacionados con mi participación (o falta de ella) en asuntos, al parecer, de gran trascendencia para la formación académica y humanística de mi hija, tales como la asistencia a juntas, la contribución con materiales como cornetas para celebrar el Día de la Independencia, unos zapatos blancos con suelas antiderrapantes y un traje de yucateca, así como un manual de inglés del que desconocía su carácter imprescindible, hasta el día de hoy -11 de noviembre de 2004-, en que mi hija, que habla inglés como un perico y detesta las películas dobladas porque prefiere tratar de comprender el idioma original, me llega con calificación de 5 en dicha materia.

Todo lo anterior me fuerza a abrir los siguientes incisos no sólo para manifestar mi desacuerdo ante las

circunstancias anteriormente descritas, sino también para exponer con la mayor claridad posible la causa de mis ausencias e imperdonables olvidos:

a) He de aclarar por medio de la presente, que no soy un ama de casa tradicional, circunstancia que no debería ser tan extravagante ni tan digna de suspicacias a principios del siglo XXI. Con esto me refiero a que, para desgracia mía, no correspondo al perfil de las mamás de la mayoría de los compañeritos de Vicki, esto es, las labores domésticas no son mi prioridad, aunque, naturalmente, barro, lavo trastes, trapeo, cambio pañales y preparo biberones para mi hija pequeña, es decir, todo menos cocinar, y lo hago en alternancia con mi esposo, cuando el trabajo me lo permite. ¿A qué quiero llegar con esto? A que soy una mujer que trabaja, pero no sólo eso: trabajo por mi cuenta, sin horarios de oficina porque ejerzo como escritora y periodista independiente, oficios, sobretodo el último, impredecibles como el de un médico: nunca puedo estar segura de lo que estaré haciendo al día siguiente, o dentro de cinco minutos, porque estoy sujeta a eventos intempestivos y a continuos cambios de última hora. No puedo por tanto asistir a una junta a la que se convoca con un día de anticipación, mucho menos en el preciso instante en que habrá de llevarse a cabo, por la sencilla razón de que no puedo aplazar una rueda de prensa o una entrevista para estar presente en una junta de padres durante tiempo indefinido. Sé que esto puede resultarle odioso a algunos de ustedes, que no pueden concebir que

una madre no mande todo a volar tratándose de sus hijos. En primer lugar, supongo que los asuntos a abordar en una junta (cuotas, actividades, paseos, material adicional) no son de naturaleza impostergradable, mucho menos de vida o muerte, de modo que no se me pueda poner en antecedentes cuando por la tarde regrese a recoger a mi hija; en segundo, mi carrera es demasiado importante para mí, no puedo sacrificarla a mi maternidad en forma tan contundente. Y no, no es que gane mucho dinero (mis “ganancias” son de risa loca); no es que, como hacen otras “malas madres”, esté anteponiendo mi amor a lo material a mi deber de madre, nada más lejos de la verdad, pero se trata de mi vocación, y si uno no ejerce una vocación, se frustra, y no quiero ser una madre frustrada que de paso frustra a su hija. Disculpen si los ofendo, pero nunca he considerado que una mujer que ha tenido un hijo se convierta automáticamente en madre, porque sigue siendo mujer y profesionalista, y ese es un detalle que a algunas personas les cuesta mucho trabajo entender.

b) A continuación hago un breve esbozo de mis actividades diarias, de manera que sea posible entender por qué a veces la Mamá de Vicki es tan irresponsable y desmemoriada: me levanto a las 7:00 a.m., me meto al baño, me arreglo (Vicki se arregla sola), tiendo camas, reviso mi bolso de mano a ver si no se me olvida nada, dejo a Vicki en la escuela, me doy una vuelta por el cybercafé (si me da tiempo) para checar mi correo electrónico, me lanzo a hacer lo que tengo que hacer (entrevistas, ruedas de prensa, investigación en bibliotecas, etc.), voy a hacer el mandado, regreso a casa, como cualquier cosa, me siento a trabajar en la computadora hasta que dan las 2:30 p.m., voy a recoger a Vicki, me tomo una siesta de una hora (de 3:00 a 4:00), sigo trabajando en la computadora o me dedico a leer material de trabajo (libros) o alterno ambas actividades. Si no hay evento que cubrir por la noche, me acuesto alrededor de las 3:00 a.m. En mi mesa de noche, que es literalmente

una mesa, aguardan por mí cerca de cuarenta libros, cuya lectura debo alternar (no puedo entrevistar a un escritor sin antes haber leído el libro que se encuentra promoviendo; no puedo escribir un libro ambientado en la Inglaterra del siglo XVIII si no me documento). A lo anterior estoy omitiendo otro tipo de actividades como son las de índole doméstica porque ya di fe de ellas líneas arriba: me levanto de la máquina o suelto el libro siempre que mis hijas me reclaman.

c) Ahora bien, respecto a la educación artística, debo decir que si bien estoy consciente de que debo cumplir gastando alrededor de \$500.00 en un traje de yucateca que Vicki habrá de utilizar una sola vez en su vida, el que cumpla yo con este requisito no significa que esté de acuerdo. No lo estoy. La “educación artística” abarca muchas cosas más que una coreografía y un vestuario. El año pasado mi hija hizo gala de sus dotes para bailar, sin embargo se le calificó con una nota bajísima porque no llevaba la falda que se le había pedido. ¿Qué es lo que se está calificando entonces? ¿El vestuario o el talento? Por otra parte, no estoy de acuerdo en que se califique a los alumnos con un bailable. No lo estoy porque el arte abarca muchas otras actividades, como por ejemplo, el teatro, la pintura, el canto y la literatura. Considero que la evaluación del rubro respectivo debería hacerse con base en el talento de cada uno de los alumnos, es decir, en una evaluación individual. A los que les gusta bailar, que bailen. A los que quieran cantar, que canten. Pero a mi hija, por muy bien que baile, no le gusta ni le interesa bailar. Ella quiere ser pintora. ¿Por qué no calificarla de acuerdo a su habilidad para la pintura? ¿Por qué no darles a los niños la oportunidad de expresarse en la disciplina artística que ellos prefieran? Bailar vestida de yucateca no va a repercutir en el rendimiento académico de Vicki, por la simple y sencilla razón de que únicamente lo va a hacer para llenar un requisito. Insisto: no le gusta bailar, pero ustedes no le brindan otra alternativa para aprobar la materia de educación

artística. Debo señalar que no soy la clásica madre que se emociona viendo a su hija ejecutar una danza que no le gusta, para la que no está hecha; la que, estoy consciente, lleva a cabo porque se le fuerza a ello. Emocionante me resultó escucharla leer por primera vez. Emoción me causan sus hermosos dibujos y que manifieste su admiración por José Luis Cuevas. Eso sí que me emociona.

d) Finalmente, quiero manifestar mi contrariedad ante el hecho de que se preste más atención a minucias como un manual, una corneta, un pastel, un refresco, etcétera; que se baje puntos a mi hija porque olvida –o mejor dicho, olvido– llevar alguna de estas cosas; porque de pronto, con mi cabeza llena de cosas (la próxima escena de la novela que escribo, la bibliografía que he de conseguir, el cuestionario que debo preparar para el día siguiente, la forma en que habré de abordar un texto periodístico) una señora se me plante en frente hablando acerca de unos zapatos de baile y yo no tengo la menor idea de lo que me está diciendo, porque mi trabajo me absorbe demasiado y, lo peor del caso, es que no me siento culpable por ello. No tengo queja alguna contra la maestra Iliana, que es la única que ha comprendido lo injusto que resulta restarle puntos a la criatura por no llevar los artículos suntuarios que se solicitan al margen del programa de estudios, pero sí contra la maestra de Inglés y el maestro de Danza que insisten en calificarla no con base en su talento y sus conocimientos, sino en el material que lleva o deja de llevar. Ésa es una de las razones por las que este país está gobernado por gente mediocre: no gana quien más sabe, sino quien más alardea. Manifiesto, insisto, mi total y absoluto desacuerdo por la forma en que estos maestros califican a los alumnos. Yo preferiría, de todo corazón, que en vez de exigirme un traje de yuca-teca y unos zapatos de danza, pidieran libros. Muchos libros. Ésa sí que sería una inversión: inculcarles el

hábito de la lectura a los niños en vez de imponerles tan prematuramente la vanidad de los reflectores y el vestuario lujoso. Yo no tendría inconveniente en invertir \$500.00 en libros para una biblioteca de la escuela, pero sí en gastar en algo que mi hija no quiere, ni necesita, ni le interesa, ni contribuirá en lo absoluto en su formación académica. Créanme que si Vicki tuviera vocación de bailarina y ella me lo hubiera informado, ya estaría en una academia de danza.

Dicho lo anterior, y disculpándome de antemano por mi brutal sinceridad, quedo de ustedes.

Atentamente

Mamá de Vicki. 🐾



Alejandro Caballero